

## LAUDATIO

Hoy cumple setenta años el Prof. Alfonso de la Fuente Adánez. Nacido en Madrid, bautizado en Madrid y ordenado sacerdote en Madrid, en torno a esta ciudad ha gastado su vida entregado principalmente al estudio y la enseñanza. Su biografía, como suele ser la de la gente estudiosa, no está marcada por episodios de particular relieve. Quizá lo más relevante sea su perseverancia en el servicio a los demás.

A finales de 1953, a raíz de su ordenación, lo encontramos ejerciendo el ministerio parroquial en Valdeavero, un agradable pueblo de la provincia de Madrid. Por entonces era costumbre en estas latitudes que todo joven presbítero, antes de sumergirse en el ajetreo de la capital, pasara algún tiempo trabajando en ambientes rurales. Los veintinueve meses de servicio en aquel lugar —entonces casas bajas y calles de tierra— fueron una experiencia de profunda novedad para nuestro madrileño de pura cepa. Su labor durante el año siguiente se desarrolló en la organización diocesana de las Obras Misionales Pontificias.

De 1956 a 1959, Alfonso de la Fuente amplió estudios de teología y ciencias bíblicas en la Universidad Gregoriana y en el Pontificio Instituto Bíblico de Roma, como resultado de los cuales (y de otros realizados posteriormente) es doctor en teología, licenciado en Sagrada Escritura y licenciado en filología semítica. Sus conocimientos lingüísticos son realmente amplios: además de varias lenguas muertas, traduce alemán, francés, holandés, inglés, italiano y portugués.

En 1960 inició su tarea docente como profesor de teología fundamental en el Seminario Hispanoamericano, un centro radicado en la Ciudad Universitaria de Madrid y destinado a la preparación de futuros misioneros en países de América. Poco después pasó al Seminario Conciliar de Madrid. Aquí, a lo largo de su carrera, ha explicado varias materias: teología fundamental, latín, griego bíblico, lengua alemana... aunque sus primeras clases en el Seminario, recién venido de Roma, fueron ¡de ecuaciones bicuadradas! Pero el centro de su dedicación ha sido la interpretación de la Biblia.

La vertiente académica del Seminario de Madrid ha seguido, en los últimos treinta años, una línea ascendente en la que el Prof. De la Fuente (Alfonso diremos en adelante, porque así lo llamamos quienes lo admiramos y queremos) ha desempeñado un importante papel: tanto en el Estudio Teológico del Seminario, creado en 1968, como en el posterior Instituto Superior de Teología y Ciencias Religiosas. Director de estos Centros durante un total de dos lustros (1968-1970 y 1977-1984), ha demostrado su capacidad de organización: redacción de estatutos, nivel de exigencia, selección de profesores, fomento de un ambiente de armonía y participación. Uno de sus permanentes objetivos ha sido hacer realidad el viejo principio "quod omnes afficit, ab omnibus tractari debet".

Culminación de la línea ascendente iniciada en los años sesenta es la actual Facultad de Teología San Dámaso. En ella Alfonso es titular de la cátedra de Nuevo Testamento, si bien tiene también a su cargo la asignatura de Pentateuco y Libros Históricos del Antiguo Testamento. Su actividad en clase está muy lejos de suponer que "la letra con sangre entra". Para él, la exigencia comienza por el profesor. Y basta oír a sus alumnos para saber del rigor y claridad de sus explicaciones.

A esta labor magisterial se añade, desde 1976, la de director de la biblioteca del Seminario de Madrid (utilizada como propia por la Facultad). Bajo la dirección de Alfonso, diplomado en biblioteconomía por la Biblioteca Vaticana, lo que fue un cúmulo de libros se ha convertido en un instrumento bien organizado y de fácil utilización. Al tiempo que se incrementaban los fondos, se ha ido haciendo realidad la idea de que para un centro de estudios no es menos importante una buena biblioteca que un buen claustro de profesores.

Sobre la persona de Alfonso —no muy robusta en lo físico, pero hercúlea en capacidad de trabajo— pesa, desde 1988, la dirección de *Estudios Bíblicos*. Esta revista, que aparece en colaboración con la Asociación Bíblica Española (ABE) y para la que hoy escriben numerosos autores extranjeros, se ha hecho internacional. El dato de que, en los últimos diez años, sin necesidad de propaganda, se haya duplicado el número de suscriptores es prueba del creciente interés que suscita. La gran parte que en el éxito de la revista corresponde a su director es precisamente la razón de que le ofrezcamos el presente volumen de homenaje.

He mencionado la ABE. También en el nacimiento y desarrollo de esta Asociación, cuyo XXV aniversario se cumplió el pasado año, ha tenido nuestro homenajeado un papel decisivo. Ha desempeñado diversos cargos en el Consejo Directivo y actualmente es subdirector de la Asociación y responsable de publicaciones.

Por otra parte, es presidente de la Asociación de Bibliotecarios de la Iglesia en España (ABIE), organismo que agrupa a más de doscientos miembros. Dentro del campo biblioteconómico, pronto aparecerá, dirigido por él, un *Catálogo Colectivo de Revistas existentes en las Bibliotecas Españolas dependientes de la Iglesia*.

Pero no pensemos que el saber de Alfonso se limita al binomio Biblia y bibliotecas. Lejos de encerrarse en el recinto de una especialización excluyente, sus conocimientos son notables en otros campos de la cultura, particularmente en cuanto se refiere a la historia y al uso de la lengua española. Una anécdota significativa: en una tertulia de cierta altura, después de discurrir por diversos temas, la conversación recayó en el de la exégesis bíblica; entonces uno de los presentes, que desconocía la especialidad de nuestro profesor, exclamó: "¡Anda!, si también sabe de Biblia".

Curiosamente, la carrera de Alfonso no se distingue por un amplio elenco de publicaciones. Da la impresión de que prefiere la cultura oral a la escrita. Además de la tesis doctoral, apenas si ha publicado un par de docenas de artículos en revistas. Pero eso sí: ha ofrecido innumerables conferencias y ha ayudado a muchos en tareas de investigación y redacción de textos destinados a la imprenta. Por voluntad suya, en este volumen no damos cuenta de lo que él —injustamente— califica como "cuatro articulillos de miseria".

Con su preparación científica y su capacidad de organización, Alfonso podría haber disfrutado de importantes cargos y prebendas. Pero nunca han ido por ahí sus aspiraciones. Por el contrario, se han centrado únicamente —esto hay que subrayarlo— en los ideales de estudiar y enseñar. Su madre se lo recriminaba cariñosamente: "Así no llegarás nunca a nada: ni siquiera a obispo". Con seguridad, podría haber llegado si hubiera querido. Pero, gracias a que no quiso, hemos tenido y tenemos un excelente profesor y compañero de fatigas.

En su magisterio, Alfonso se ha mantenido siempre como un modelo de equilibrio y de sentido común. Algunos lo consideran demasiado

"tradicional"; otros, demasiado "progresista". Es lo que sucede con los maestros que miran adelante y avanzan sin entretenerse más de lo debido en contemplar el paisaje de lo que acontece a su derecha o a su izquierda. Si hubiera que crear un escudo para él, su divisa podría ser el famoso "ne quid nimis": nada hay en él que suene a exageración.

Y junto con el equilibrio intelectual y la sensatez, la eficacia en la acción. Cuando él pone la mano en algo, eso funciona. Como funcionó, por ejemplo, cierta editorial madrileña durante los diecisiete años en que él tuvo a su cargo la selección y revisión de cuanto en ella se publicaba (otro mérito que hay que reconocerle: la influencia que, por esta vía, ha tenido en la teología española postconciliar). Probablemente, una clave de sus éxitos directivos está en su empeño de "solucionar los problemas antes de que se presenten".

La gran preocupación de este hombre "enciclopédico" ante el panorama de la sociedad actual, especialmente en el ámbito de la cultura, es el tono de mediocridad que, a su juicio, caracteriza tanto a los de arriba como a los de abajo. Una mediocridad, como él dice, no "dorada", sino "plúmbea". Lo cual no significa menosprecio hacia quienes hacen cuanto pueden, aunque no lleguen muy lejos, sino vituperio contra quienes se dan por contentos con lograr un puesto confortable en la vida.

He dicho al principio que quizá lo más relevante en la biografía de Alfonso sea su perseverancia en el servicio a los demás. Es mejor suprimir el "quizá" y afirmarlo decididamente. No nos permitirían ponerlo en duda las muchísimas personas que se han beneficiado de ese servicio.

Al ofrecer a nuestro amigo este volumen en nombre de cuantos en él colaboran (y de otros que, lamentándolo, no han podido sumarse), lo hacemos con la esperanza de que podamos contar mucho tiempo con su presencia orientadora. *Ad multos annos vivat!*

Madrid, marzo de 1999.

PEDRO BARRADO FERNÁNDEZ  
Secretario de Redacción de *Estudios Bíblicos*